

LA TELEVISIÓN, ¿PUEDE HACERNOS MEJORES?

Norma Hortensia Hernández García*
y Mario Alfredo Hernández Sánchez**

En el año 2008, el filósofo estadounidense Stanley Cavell se preguntaba –de manera simultáneamente ingenua y maliciosa como haría un buen pragmata– si la devoción que siente una pequeña élite hacia el cine de autor y el amor que profesa el gran público hacia las películas comerciales podía tener algún significado, más allá de la espontánea tendencia a ser seducidos por el canto de las sirenas que, sabemos, son ficticias. Al tratar de responder a la pregunta sobre si el cine puede hacernos mejores, Cavell apuntaba: “Ser humano es poseer esa capacidad de desear, o asumir el riesgo de poseerla; ser humano es desear, y en particular desear una identidad más completa que aquella que hemos adquirido hasta el presente; y un deseo así puede proyectar todo un mundo *contrario* al mundo que hasta el presente hemos compartido”.¹ Y él encontraba que ese mundo *contrafáctico* que, sin embargo, se localiza como un referente común que crea *sentido* y *sensación de comunidad* está dado, en nuestros días, por el cine.

Por supuesto, Cavell no se refiere a la –por así nombrarla– *consistencia* y *coherencia* del cine como producto cultural para situarlo por encima de la literatura

o la filosofía; más bien, él encuentra que cierto tipo de películas –los melodramas sobre mujeres o la comedia de enredos, por ejemplo– se han convertido en referentes para la educación sentimental de nosotros, habitantes de la modernidad tardía, situados en un horizonte secular y posmetafísico, necesitados de crear *sentido* en nuestras prácticas morales al tiempo que las proyectamos hacia *significados* comunes que nos permitan observarnos como comunidad. A fin de cuentas, el proyecto pragmata que Cavell trata de articular a lo largo de toda su obra –alimentado de Emerson, Wittgenstein o Derrida– tiene que ver con el análisis de las condiciones en que la discursividad moral que interpela a la primera persona puede convertirse en un medio para la creación de *sentidos* colectivos que nos hagan mejores personas, es decir, más demócratas, más aptos para el ejercicio de las libertades ciudadanas y mejor equipados para la defensa de un espacio público donde no haya narrativas o discursos censurados de antemano. Y esta *educación sentimental* posmetafísica –no ideológica ni ortopédica sino generadora de espacios de reflexión acerca la subjetividad y lo común– es la que Cavell pensaba que el cine podría proveernos.

Ahora bien, el referente de Cavell para hablar del cine como una herra-

* Doctora en filosofía moral y política por la UAM Iztapalapa. Su línea de investigación: Subjetividad y filosofía antigua. Correo electrónico: norma.hortensia@gmail.com

** Doctor en filosofía moral y política por la UAM Iztapalapa. Es coordinador del Centro de Investigación Aplicada en Derechos Humanos y No Discriminación del Municipio de Querétaro. Correo electrónico: fumador1717@hotmail.com

¹ Stanley Cavell, *El cine, ¿puede hacernos mejores?*, Buenos Aires, Katz editores, 2008, p. 82.

mienta para fortalecer la subjetividad y el sentido de comunidad en una dirección potenciadora del *ethos* democrático, está dado por el cine clásico de Hollywood. Se trata de esa entidad plural que podemos situar –por comodidad heurística más que por conveniencia teórica– entre el surgimiento del cine sonoro y la muerte trágica de James Dean y Marilyn Monroe, que anidó tensiones creativas entre las películas de autor y el cine comercial, entre el sistema de estrellas y la incorporación de escritores como Truman Capote o Arthur Miller a la creación de guiones encargados por los grandes estudios. Esta época hoy no existe más, y no valdría mucho la pena hacer una comparación entre el cine de entonces y el de hoy. Lo que si podemos constatar es que aquél crisol discursivo que Cavell situaba en Hollywood hoy tiene lugar en la televisión –aunque la propia televisión diga que “no se trata de la televisión, sino de las producciones de la cadena HBO”.

El inicio de la década del 2000 estuvo marcado por el surgimiento de un racimo de series televisivas –*The sopranos*, *The Wire*, *Six Feet Under* o *The Shield*– que significaron la renovación tanto de las estructuras narrativas convencionales de este medio como de la confluencia de talentos histriónicos y de dramaturgia que hicieron suspender el escepticismo del gran público –incluidos los filósofos– hacia la televisión. Así como Cavell extrajo las líneas argumentales de los melodramas de Douglas Sirk o las comedias de Marilyn Monroe para mostrar que es posible una construcción de la subjetividad femenina que se aparte de los roles convencionales, hoy podemos usar las figuras de Walter White o Tony Soprano como ejemplo de antihéroes que han articulado

su visión del mundo desde una posición marginal que, sin embargo, nos resulta común e ineludible como motivo de reflexión filosófica. En este sentido, podríamos actualizar la pregunta de Cavell para indagar *acerca de si la televisión puede hacernos mejores* para responder, con él, que los argumentos y líneas discursivas que se están generando en la –llamada con desdén– *caja idiota* nos liberan de esa especie de *amnesia moral* en relación con nuestra posición en un mundo que es, de manera simultánea, motivo de atracción y repulsión; un mundo moral común que, sin embargo, tenemos que aprehender de manera crítica, reflexiva y distanciada de los lugares comunes –todos estos atributos de una filosofía que se comprometa con la democracia y el espacio público. Para Cavell, esa *amnesia moral* sería típica de un pensamiento filosófico que intenta “librarse del hecho de que todos tenemos reivindicaciones referidas a los demás, que contamos los unos para los otros, que somos importantes los unos para los otros, a veces incluso de manera dudosa”.²



² *Ibid.*, pp. 103-104.

Los ensayos que ofrecemos en este número de *Murmullos Filosóficos* toman en serio la perspectiva de Cavell –hacer de la ficción, en este caso televisiva, un genuino motivo de reflexión filosófica– para superar nuestra *amnesia moral* y mostrar que lo que está ocurriendo en la televisión nos devuelve una imagen de quiénes pensamos que somos y cómo nos observamos en relación con los problemas filosóficos más acuciantes. En el primero de los textos. Ernesto Cabrera asume, por ejemplo, que *Breaking Bad* muestra que no toda ruptura radical del orden social se reduce a la expresión de

una violencia cínica o irracional, sino que ésta puede estar motivada por una idea, ciertamente ilícita y quizás inmoral, de realización subjetiva; pero, precisamente por ello, el problema de fondo no es meramente individual sino que atañe a las condiciones sociales que promueven la insatisfacción subjetiva y el

deseo de transgredir las normas vigentes. Por otra parte, en su ensayo sobre *The Sopranos*, Pedro Meza se cuestiona acerca de la diferencia entre el poder del crimen organizado y el poder político, señalando que el poder mafioso nunca puede llegar a aceptarse como poder autorizado y su esfera de influencia no puede ser el espa-

cio público; en este sentido, *Los sopranos* es un ejemplo de esto, porque nos permite indagar por qué el enorme poder de Tony Soprano no puede ser transformado en un poder legítimo, localizando la pregunta en un universo oscuro donde los personajes necesitan explicar sus razones para actuar. A continuación, Cristina recupera, de nuevo, la serie protagonizada por Walter White, pero para poner en perspectiva los respiros, agonías y momentos cumbre de las series televisivas. Por su parte, Norma Hernández utiliza a *Game of Thrones* para reflexionar sobre una concepción del universo, con la intención didáctica de probar conceptos filosóficos. Finalmente, Jorge Armando Reyes, muestra lo inane de la intención de tomar a las series televisivas como didáctica de la filosofía. Como filósofo, logra transmitirnos que la experiencia de nuestra cultura se expresa en los contornos que tanto el objeto (televisión) como los contenidos de las series, impactan en la subjetividad de una conciencia incrustada en el mundo moderno.

Creemos que el cine y la televisión pueden hacernos mejores personas, porque nos permiten tenerlos como pretexto para iniciar una conversación filosófica que nos involucre de manera crítica y reflexiva, pero también lúdica y solidaria. No exageramos al decir que quienes han sido convocados en este número de *Murmullos Filosóficos* constituyen una muestra palpable de esto.

“
Tomar a las series
televisivas como
didáctica de la
filosofía”